

Mater Puríssima

Núm. 155

Abril 1935

Año XIV

ACTIVIDADES DE ACCIÓN CATÓLICA

¿QUÉ PRENSA ES LA PROHIBIDA?

Para que conozcas la prensa que has de combatir, arrancar y destruir para sanear el campo de las ideas, recuerda las sabias normas de la Iglesia Nuestra Madre.

Según el Código de leyes eclesiásticas vigentes (Canon 1399), están prohibidos:

1.º Todas las Biblias publicadas por los acatólicos, y las que no llevan la aprobación eclesiástica.

2.º Todos los libros que defienden heregías y cismas y quieren subvertir los fundamentos de la religión, natural y sobrenatural, con razones, bur-las, gráficos, etc.

3.º Los libros que atacan de propósito la religión y las buenas cos-tumbres.

4.º Los libros de los acatólicos que versan de propósito sobre la reli-gión, a no ser que conste no contener cosa alguna contra la fe católica.

5.º Los que impugnan o ridiculizan cualquier dogma católico, defien-den errores condenados por la Santa Sede, censuran el culto divino, tien-den a destruir la disciplina eclesiástica, injurian al estado eclesiástico o reli-gioso.

6.º Los que dan por lícitos el duelo, el suicidio, el divorcio. Los que tienen por útiles y no perniciosas la secta masónica y otras del mismo género.

7.º Los que enseñan supersticiones, sortilegios, adivinación, magia, evo-cación de espíritus, etc.

8.º Los que tratan, enseñan o refieren, de propósito, cosas deshonestas (aunque sean libros clásicos por la forma).

9.º Lo que en dichas prohibiciones se dice de los libros debe aplicarse a los diarios, periódicos, hojas, etc., que no tienen el volumen de un libro. (Canon 1384).

Quedan además prohibidos en particular todos los contenidos en el *Indice*, o catálogo oficial de libros condenados, el cual, por lo demás, no abarca sino una mínima parte de los que no se pueden leer.

Mucha prensa, aunque tal vez no caiga de lleno en dichas prohibiciones, ofrece hartos peligros para la fe y la moral. Otra, muy extendida, por su falsa neutralidad con que lo da todo por bueno o indiferente y lo mide todo por el mismo rasero, siembra el excepticismo y la indiferencia religiosa. Toda ella está vedada al menos por la ley natural que nos manda que no arriesguemos los dos grandes tesoros de nuestra vida: la fe y la castidad.

A la luz de las mencionadas leyes mira cuantos libros, sobretodo periódicos, impugnan los dogmas católicos, el culto, el clero secular y regular; ya directamente con rudos ataques, calumnias, detracciones, sátiras; ya indirectamente con fina ironía, desdén, velado menosprecio o intencionada despreocupación; restando a ciertas noticias y manifestaciones de la vida católica la importancia que atribuyen a otras cosas contrarias.

Cuantas revistas son escuela más o menos cruda de perversión: cuentos, anécdotas, escenas del natural, versos, que te lo hacen ver todo, hasta lo más santo e intangible, como la religión, el sacerdocio, la autoridad, el matrimonio, la familia, como simples fenómenos de la vida que evoluciona, sin valor absoluto y estable. Y en la información gráfica de tales revistas han aprendido las jóvenes las exhibiciones del desnudo, las posiciones indecentes, las libertades en el trato social, en el beber, fumar, bailar, deportar, bañarse, libertades que los Angeles deploran y no hay poder humano que ataje.

De tales periódicos y revistas no conozco más que algunos, pero son aluvión. Míralos con horror, como aparición siniestra, y declárales la guerra a muerte. Desconfía de los que no llevan el nombre de católicos o son tenidos generalmente por tales, o son aprobados o recomendados por la Jerarquía Eclesiástica. Desconfía de todo libro que, tratando de materias de fe o de moral, no llevan la censura de la Iglesia.

F. E .

Palma, Marzo 1935.

PASCUALES

¡NO ME TOQUES!

La historia evangélica de la resurrección de Jesucristo comienza con las apariciones a las galileas. Ningún evangelista refiere el hecho mismo de la resurrección. Han visto al resucitado; no dicen como resucito. Probablemente no lo han sabido nunca, puesto que la resurrección fue invisible a las miradas humanas.

El primer evangelista — el más detallista en esta historia — cuenta, sin precisar la hora, que se produjo un gran temblor de tierra, que un ángel bajó del cielo, hace rodar la piedra que cerraba el sepulcro y se sienta encima.

Brillaba su rostro como un relámpago y era su vestido blanco como la nieve.

Heridos de espanto, caen los guardas como muertos. Corren luego a Jerusalén. Compran su silencio los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo y les hacen pasar por testigos dormidos: «decid que los discípulos fueron por la noche y le sacaron en tanto que dormíais».

Magdalena la primera en ir al sepulcro el domingo de Pascua, advierte que han quitado la piedra. Corre a decirlo a Pedro. Allá van corriendo Pedro y Juan. Este que llega primero aguarda a aquél. Pedro vió y creyó. Vuelven a casa los dos discípulos. Magdalena se mantiene en pie junto al sepulcro llorando.

Porqué lloras? le preguntan dos ángeles.

—Porque han quitado a mi Señor y no sé en donde lo han puesto.

Porqué lloras? A quién buscas? oye como le preguntan a espaldas.

—Señor —contesta ella al supuesto hortelano— si eres tú quien lo quitó, dime donde le has puesto para ir yo a buscarlo.

—María! —le dice el aparecido.

--Maestro! contesta ella volviéndose, a la vez que se arroja a los pies de Jesús para besarlos.

«No me toques —le dice, empero, Cristo— pues todavía no he subido a mi Padre. — Mas vete en busca de mis hermanos y diles que subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios».

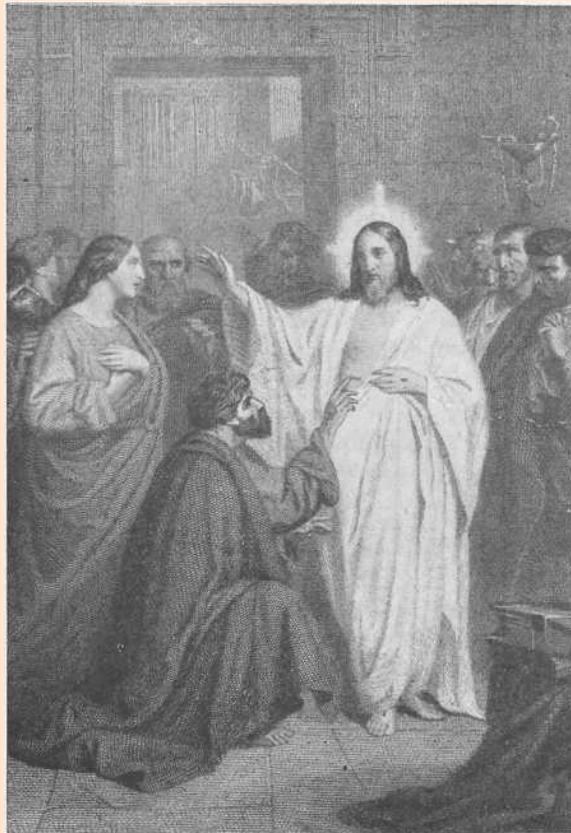
Palabra misteriosa ésta con la que detiene Jesús a la Magdalena: «No me toques!»

Dos veces había tocado ella los pies del Salvador y los había cubierto con sus besos, y dos veces se lo había permitido Jesús y por ello no sólo la había alabado, sino que le había augurado una constante alabanza universal: «dondequiera se predique este evangelio».

Ahora, en cambio, una vez resucitado, se opone Cristo al casto anhelo de la Magdalena.

¿Cuál es la causa —pregunta Monsseñor Bougaud— de esa imprevista austeridad?

En seguida, cuando se muestra a las santas mujeres y quieran ellas besar sus pies, se lo permitirá. El mismo presentará sus manos a los Apóstoles y les dirá: Tocadlas. Permitirá a Santo Tomás



«...sobre su pecho en la sagrada llaga de su costado...»

que ponga la mano sobre su pecho, en la sagrada llaga de su costado. Sólo Magdalena será excluida de esa dicha.

¿Qué misterio hay aquí? ¡Hay, pues, un momento en que el corazón necesita esas castas ternuras, y un momento en el cual está seguro de sí mismo y puede pasarse sin ellas! Un momento en que Jesús da a besar sus pies y sus manos, y un momento en el cual las retira. Un momento en que tales goces serían un obstáculo y dañarían a la perfección del amor. Se dejan esos sensibles goces a los que dudan: a Tomás, que todavía no cree; a las santas mujeres que necesitan purificar más sus corazones. Los que creen, en cambio, los que aman, suben más alto, como la Magdalena a quien pide Jesús el sacrificio: «no me toques!»

La fe, en efecto, y el desasimiento suelen ser inseparables.

¡Qué bueno, es empero, Jesús!. Para consolar de algún modo el corazón transfigurado de la Magdalena, la convierte en evangelista, honrándola con el encargo de ir a notificar a los Apóstoles el mismo mensaje de su resurrección.

Justino RIPALDA

Campos del Puerto, febrero de 1935

EL PODER DE UNA MIRADA

Noche triste y silenciosa,
Noche de eterno recuerdo,
En que de un huerto se aleja
Un mal formado cortejo.

A un hombre llevan atado,
Y custodiado cual reo,
Le empujan y le arrastran,
Por el escabroso suelo.
Han llegado ya al palacio
Del Pontífice Supremo,
se apresta el tribunal
Para juzgar pronto al reo.
¿Dónde estáis amigos fieles?
¿Dónde los que recibieron,
Extraordinarias mercedes
beneficios sin cuento?
Han huido temerosos,
Han dejado a su Maestro,

Y en manos de sus verdugos
Se halla solo y sin consuelo.

Mas, de pronto reacciona
El que juró amor eterno,
Y acompañado de Juan
De lejos le van siguiendo;
Pero, estando ya en el átrio
Al calor de ardiente fuego,
Es perjuro una y dos veces,
Su negación repitiendo,
Sin pensar que aquellas voces,
Resuenan palacio adentro,
Y se pierden al chocar
De su Maestro en el pecho.

Han pasado amos instantes,
Y de nuevo jura Pedro
No conocer ¡aquel hombre,

No haberle visto en el huerto,
Y al volverse contrariado,
Se encuentra con el Maestro,
Que con ternura le envía
Una mirada del cielo
¿Qué es lo que entonces pasara
Del Apóstol en el pecho?
Eso lo entiende tan sólo,
Quien conoce los secretos
Y los carismas que encierra
La mirada del Dios bueno
Que con poder inefable,
Ha cambiado por completo
La timidez pusilánime,
Que hiciera caer a Pedro.
Y en adelante no teme
Desafiar con denuedo
Las iras de los tiranos
Las furias de los avernos
El cual piedra inmovible
La navecilla rigiendo,
Con mano firme y segura,
Conducirla quiere al puerto,
Teniendo siempre delante
La mirada del Maestro...

Por eso a pedirte voy
Que me mires ¡Jesús bueno!
Mírame con ojos dulces
Como miraste a Pedro,
Y en mi pecho prenderá
Del amor el dulce fuego...
Mira a España en quien pusieras
Tu cariño predilecto,
Mírala como agoniza,
Y la vida va perdiendo,
Aquella vida que un día
Le diera el Sano Evangelio.
Mírala, Dios bondadoso,
Mírala, con amor tierno,
Y de nuevo lucirán
Días de paz y consuelo,
Mira a España que es la tierra
De tus amores más tiernos,
Mírala con ojos dulces
Como miraste a Pedro

N. H. M.

Santa Cruz, -- 22 -- II -- 935

DOS INSTITUCIONES

Hojeando la historia de Prusia y estudiando le Reforma protestante recuerdo haber leído que, cerca del Dusseldorf tuvieron origen las diaconisas conocidas bajo el nombre de *Bethanias*.

Teodoro Fliedner, ministro luterano en Kaisserwerth, propúsose probar, prácticamente, que la Reforma podía, producir instituciones tan caritativas, tan nobles y tan heroicas como el Catolicismo. Reunió en 1852, algunas paisanas para vivir en su casa de una manera evangélica. Dióles por

superiora una *pietisa* que pagó para que les enseñara a llenar los oficios propios de una criada, y luego las ofreció a Federico Guillermo IV para la dirección del hospital real de Berlín.

Así nació la Congregación de las diaconisas, hija primogénita del Protestantismo. Los florines del Rey de Prusia ofrecían a las asociadas, un porvenir más halagüeño que el mezquino que les daba la estrechez de su familia: una pensión anual, una dote de doscientos flori-

nes y ajuar completo, que se les prometía para el día de su boda, con el novio que ellas se podían procurar entre los enfermos fiados a su cuidado, o entre los mozos empleados en el hospital.

La Alemania, había dicho el Sr. Fliedner, tendrá derecho a citar sus *Bethanias* para demostrar al mundo, que practican las obras de ardiente caridad.

Indaguemos la verdad escuchando la relación de un médico; dice así:

«Me presenté en 1856 a la puerta de *Bethania* y pedí a la hermana portera ser introducido para visitar el hospital. Estaba ella, ocupada en poner encajes a una cofia. En el salón fuí recibido de la hermana secretaria.

«Mientras visitábamos la enfermería:-- ¿Cuántas son las religiosas, le dije, que ordinariamente cuidan aquí de los enfermos?

—Nosotras no somos religiosas, me contestó, somos hermanas, y no tenemos voto alguno; las hermanas somos aquí treinta.

—¿Sirven ellas mismas a los enfermos?

—¡«Ah! no, señor; esto no puede ser, pues son jóvenes solteras... preparan las medicinas, la comida, la ropa y lo demás necesario; tratan con los médicos y dan órdenes a los empleados.

«Recorriendo los salones, no divisé a ninguna hermana sirviendo a los enfermos; los enfermeros estaban ocupados de esto, mientras aquéllas conversaban, muy

descansadas, acá y allá, con unos y otros.

—¿«Cuál es hoy la enfermedad dominante en el hospital? le pregunté antes de despedirme.

—«No sé; me respondió, porque esto pertenece al mayordomo y a los médicos; he dicho a V. que nosotras no curamos.

-- ¿«Y el número de enfermos?

-- «Preguntaremos si V. gusta, pues tampoco es esto de nuestra incumbencia»

He aquí todo lo que hacen la congregación de las *Bethanias*. Para confirmarlo citaremos las palabras del príncipe heredero de Prusia, después de escuchar, en el aniversario de la fundación del hospital, la memoria leída por el pastor superior del establecimiento: «*Bien podrán ser ciertas, dijo el Príncipe, las virtudes de las Bethanias Que en esta memoria se refieren pero sus efectos no los vemos.*»

Narra una crónica antigua la visita de un sacerdote católico a otro asilo de Berlín: el hospital de las Hermanas de San Carlos Borromeo; Congregación de Caridad establecida en Nancy de Francia, y propagada por Alemania a mediados del siglo pasado.

Y, cuenta el visitante: «Vimos allí religiosas de todas las clases sociales: la aristócrata y la demócrata vivían bajo una misma regla y tenían un mismo régimen. Al abandonar su familia no les movió salario terreno; intereses más elevados las reunió en Comunidad,

«Entre tanto que la superiora nos mostraba los departamentos del hospital, observamos que las religiosas curaban con sus propias manos a los enfermos, les mudaban la ropa, les servían en los menesteres que repugnaban por su vileza, les daban los alimentos y medicinas, y mientras desempeñaban todas estas obligaciones, no perdían momento oportuno de hablar a los pacientes sobre sus más nobles y positivos intereses: los de la eternidad.

«En cada una de las salas se vela, puesto en alto, un Crucifijo. Para el hombre no hay ejemplo que le enseñe mejor a sufrir como el del Justo que le dice desde el madero: *«Yo sufro siendo inocente; ¿y no habrás de sufrir tú que eres culpable»?* El que no conoce la virtud de la Cruz del Salvador sufre alguna vez, pero desespera las más.

—¿«Cuántos enfermos tienen Vds.? pregunté a la superiora.

—«Ciento sesenta hay hoy, me respondió inmediatamente.

—¿«Y cuántos suelen curar cada año?

—«En el pasado llegaron a seiscientos veinticinco, de los cuales trescientos veinte eran protestantes y el resto católicos.

—¿«Qué enfermedad domina en el país?

«¡La del pecho... pocos son los trabajadores cuya salud resista al clima mal sano de Berlín.

—¿«Tiene el hospital alguna renta?

—«Ninguna, pero contamos con la divina Providencia que nos asiste de un modo eficaz. Católicos piadosos se esfuerzan en ejercitar la caridad. Unos, sirven con su fortuna; otros, con su caridad edificante. Hoy vendrá el príncipe Ceslao Radiwisky y la familia del príncipe Poniatowski; V. podrá presenciar hasta donde se extiende el fervor de estos ilustres polacos»

La proposición es obvia: El individuo que no alimenta en su espíritu el desprendimiento de la tierra, la perfecta abnegación de sí mismo y la completa consagración de sus fuerzas al cristiano objeto que se propuso, cuando abrazó un estado penoso de por sí, no es llamado a edificar la sociedad con ejemplos de caridad ardiente. Estas cualidades son exclusivas a las instituciones de la Iglesia Católica.

María F. de P.

ex - alumna federada



A MARÍA AL PIE DE LA CRUZ

Llorar quiero, ¡Madre mía!
llorar con sumo dolor:
lloro la extrema osadía
y la infame villanía
del que profana tu honor.

Tu imagen que es luz del cielo,
que es el espejo de Dios,
ha rodado por el suelo,
ensangrentando el anhelo
que mi alma siente por Vos.

Manos inicuas, Señora,
obcecada su razón,
te ultrajaron en mal hora;
por ellos mi alma te implora
otórgales el perdón.

También a Cristo ultrajaron,
que es el Hijo de tu amor,

y después aun le azotaron,
y en una cruz le enclavaron
ebrios de rabia y furor.

Mas al pie de esa cruz santa
el mundo os contempla a Vos;
su furor no os amedranta
ni tanto penar quebranta
el amor que hay en los dos.

Amor que vierte en la tierra
los efluvios del perdón,
y al vil pecado destierra,
porque este dolor encierra
el fruto de redención.

Tú lo oiste, Madre mía,
cuando tu Hijo que era Dios,
mirando al cielo decía
con sublime valentía:
Padre mío, perdónalos.

Y viste como del cielo
bajaba un rayo de luz
que como espléndido velo
cubrió aquel trono de duelo:
era el perdón de la cruz.

Y esa luz tu imagen bella,
todo tu ser inundó;
Y Cristo, que murió en ella,
os dió al mundo como estrella
del perdón que El otorgó.

Y en el cielo del Calvario,
entre nubes de arrebol,
quedó tu alma relicario
y piadoso santuario
de la gracia de aquel sol.

Y en tu corazón dolido
la luz de gracia irradió,
y aquel monte ensombrecido
se vió de luz invadido:
tu alma el perdón engendró.

Y como luz de los cielos,
como benéfico don,
alzáronse tus anhelos
desde aquel monte de duelos
y a los hombres dió perdón.

Tan complacido quedaba
el buen Dios que está en la Cruz
que otro prodigio soñaba:

al hombre te confiaba
como hijo de tu luz.

Mira a tus hijos, decía,
Mujer Madre del amor;
y a los hombres repetía:
Es vuestra Madre María
amada con gran fervor.

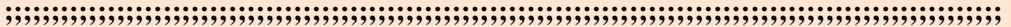
Pero los hijos malhadados,
bien Madre Vos lo sabéis,
hijos que van arrastrados
al corro de los malvados,
cual desde el cielo los véis.

Son tus hijos Madre buena,
no los olvide tu amor;
si el pecho os rasga la pena
y su maldad los condena,
no los niegues tu favor.

Decid a Dios: Son mis hijos,
por ellos murió Jesús,
y con dolores prolijos
yo los recibí por hijos
al pie de la santa cruz.

Flote como blanca nube
la gracia de tu perdón,
mientras la plegaria sube
y allá en el cielo descubre
tu manto de protección.

Fr. Manuel BALAGUER



AZUCENA EN CAPULLO

(Continuación)

—«Para mí — prosigue una tercera --
era un encanto verla siempre tan sufrida
y risueña, en ella encontré un dechado
de todas las virtudes.»

Los testimonios de todas sus compa-
ñeras pueden reducirse a éste solo solo:

“EN CLARA FORCADA TODO
ERA PERFECTO Y EDIFICANTE

Entre tanto los médicos ponían en
juego todos los recursos de la ciencia,
y las religiosas prodigaban a la enferma,
mayor ternura, cuidados exquisitos, pero

todo era inútil, pues iba empeorando cada vez,

Seguro Dios de la fidelidad de aquella gran alma parecía complacerle en ponerla a prueba para patentizar, de un modo ostensible su valor incomparable.

Todo lo soportaba con grandísima paz y aunque sumergida en mar de angustias y temores, siempre conservó en el fondo de su espíritu aquella dulce calma que la hacía dichosa, porque sus pensamientos y afectos vivían en el cielo.

Jesús y la Santísima Virgen llenaban su existencia, Ellos eran la causa de su apacible alegría. Los amaba con honda ternura, con toda la vehemencia de su alma, por eso la vida tenía todavía encantos para ella. ¡Quién será capaz de expresar, o dar forma a los goces purísimos que nuestra Hermana sentía, sobre todo después de la Sagrada comunión? Entonces, su corazón se fundía en el Corazón dulcísimo de Jesús y unidas las vibraciones de ambos, producían incomparable y sublime armonía, la cual le hacía dulces los dolores del cuerpo y convertía en gozo las tristezas del alma.

Causaba indefinible sensación verla profundamente reconcentrada y en actitud de suma reverencia.

En la capilla, sentada en su sitio, con la mirada siempre fija en el Sagrario o en la preciosa imagen de la Sma. Virgen, pasaba nuestra Hermana todos los ratos que la enfermedad y las Supe-

rioras le permitían. Allá se explayaba su alma, y de aquellas íntimas confidencias sacaba la abnegación y fortaleza que todos admiraban.

En cierta ocasión dijo a una de sus connovicias: «Si Dios no me hubiera hecho el favor inmenso de llamarme a la Religión, mi mayor placer hubiera sido vivir en un pueblecito, lejos de la baranda y lujo de las capitales, pues para ser feliz, no necesito más que un Sagrario». Mientras así hablaba, en su voz y en su mirada parecía palpitar el amor intenso que ardía en su pecho.

Pasaba el tiempo, y aumentaban los males de Clara sin que jamás fueran capaces de arrancarle una queja ni siquiera el más leve movimiento de impaciencia. Desde años atrás tenía ya adquirida la ciencia del sufrir y del abnegarse.

Refiere una Madre que, cuando Clarita era alumna del pensionado, tuvo un uñero que le ocasionó muy malos ratos. Avisado el pedicuro, fué al colegio, y en cuanto vio el dedo dijo que aquello presentaba muy mal cariz. La tercera vez que la visitó juzgó que debía arrancarse toda la uña, e inmediatamente se dispuso a ello. No sin esfuerzo logró arrancarla. Durante, el tiempo de la operación no exhaló nuestra colegiala ni un solo gemido, pero sin duda fué muy vivo el dolor que sintió, pues cayó en un desmayo. Procuraron hacerla volver en sí, y apenas lo consiguieron, una de las religiosas que le asistían le ofreció un poquito de vino para que se reanimara, pero ella, estrechando entre sus manos un

pequeño crucifijo y poniendo en él una mirada llena de amor y de elocuencia, dijo hablando consigo misma: — «Jesús no tuvo en la cruz ningún alivio, no halló siquiera quien le ofreciera un poco de agua para apagar su sed, y yo...

--Luego dirigiéndose a la que le ofrecía el vino añadió: -- Permítame, Madre, que no lo tome

Así descollada ya en la escuela del dolor y del sacrificio aquella niña.

Seguirá)

RECUERDO Y GRATITUD

Ni el tiempo ni la distancia, háceme olvidar un grato recuerdo de mi niñez: El cariño maternal, de las que fueron mis profesoras!... a ello corresponde hoy, con el relato de mi viaje a Curia, juntamente con la fotografía de mis hermanitos.

Curia, es un pueblo chiquito. Se puede asegurar que, aunque muy conocido en Portugal, lo es muy poco en España. Curia es una población pintoresca y elegante: es mejor, si queremos, un conjunto de hoteles. Su posición cercana al gran macizo de la Sierra de la Estrella (la más elevada de Portugal) da gracia al paisaje, rico en vegetación florida. Su cercanía al mar suaviza el clima, gratísimo en la primavera y otoño y no inclemente en invierno. Es un gran centro de atracción en verano. La mano del hombre ha sabido encauzar las bellezas la naturaleza y aprovechar las bondades del clima.

Famoso es el bosque de Cuna con sus jardines exuberantes de flores bellísimas y aromatizantes. Sus espesas alamedas cortan en el estío los rayos del sol.

Su lago es de un kilómetro de largo, por el cual se deslizan magestuosamente blancos cisnes.

Soberbios hoteles con cientos y cientos de habitaciones, amplísimas salas y todos los servicios montados a la moderna, se alzan acá y allá entre árboles y flores. Todo esto, para la temporada de verano.

En invierno, el gran parque de Curia es una ciudad muerta. Los hoteles blanquísimos y elegantes, están faltos de animación y de vida. El mismo lago se entristece al esperar a la primera barquichuela o góndola que se deslice sobre sus tranquilas aguas. Pero la providencia tenía dispuesta a esta ciudad muerta en invierno, para los desterrados por el gobierno Azaña.

Los Jesuítas del Colegio de San José de Valladolid, expulsados de aquel edificio por el enorme crimen de educar a la juventud en católico y con modernos procedimientos alquilaron cuatro de los hoteles de Curia para organizar sus estudios. Es un gran internado.

Las familias católicas españolas no han dudado en enviar sus hijos a Curia



Pedro de G. de Chaves de Rojas, con sus hermanitos

y como Vds. saben fui entre ellos uno de los afortunados; mas la Divina Providencia, sólo tuvo a bien enseñármelo; a la dicha de conocerlo, precedió el descon-suelo de tenerlo que dejar. El verano anterior a mi ingreso al Colegio, estuve algo delicado. Movidó por el entusiasmo de estar interno en un colegio de Jesuítas, conseguí el deseado permiso de mis cariñosos padres, confiados de que, con el cambio de clima me restablecería fá-cilmente. Resultó lo contrario, apenas lle-gado a mi soñado Colegio, por orden facultativa, tuvo el Rdo. Padre Rector que avisar a mis padres notificándoles convenía regresar a mi clima natal, pues

pues era peligroso en mí la diferencia tan grande de temperatura. Dejo a la consideración de Vds. el trastorno de mis amados padres!... y aquí me tiene de nuevo en el Puerto de la Cruz, me-jor dicho, en Guía de Isora, en donde actualmente estoy con mi madre para restablecerme. A los pocos días de llegar a esta, recibí una carta del Rdo. Padre Rector, fué tan grata la satisfacción que tuve que la llevo siempre en mi carteri-ta, considerándola obsequio de gran va-lor, y creo de utilidad para los lectores y lectoras de "**MATER PURÍSIMA**"; esta Revista, M. M., es sencilla pero la encuentro interesante para la juventud,

y más para el joven que como yo, aprendí en esta Institución las primeras letras y sigo recibiendo aun buenos consejos.

La carta, dice así: «Muy estimado Pedrito: Con verdadera satisfacción he recibido y leído tus cartitas, la que me escribiste cuando aun ibas navegando y la que me felicitabas las Pascuas y Año Nuevo. Y aunque a todas las cartas de felicitación de Año Nuevo que he recibido, me es imposible contestar, hago una excepción con la tuya, y aunque sea brevemente, a toda marcha, te escribo desde tu cuarto, que es el que ocupo yo ahora, pues me he venido a vivir al Gran Hotel. Por este motivo y por tantas cosas como pasaron, te recuerdo mucho y con cariño; y sobre todo, con esperanza, primero, de que te has de poner pronto bien del todo, y segundo, de que has de emplear tu salud y tu talento en formarte un *hombre completo*, virtuoso y sabio. Las dos cosas son muy necesarias, y sobre todo la primera, pues sin la virtud para nada sirve la ciencia, principalmente en orden a nuestro eterno destino. Ahí tendrás más dificultades para tus prácticas de piedad, pero no las dejes, que son el alimento del alma. No te olvides de la comunión frecuente y de la devoción a la Virgen Santísima y al Corazón de Jesús.

Bien está que leas mucho, pero ten cuidado, no seas que caigan en tus manos lecturas que puedan hacerte daño.

Con eso y con los amigos, has de tener mucho cuidado, pues tal vez no hay por ahí muy buenos amigos, y hay en cambio muchos peligros, por la perversión que reina en todas partes. Te digo esto, porque no hace muchos días leí una carta dirigida a uno de aquí, que era una pena!... Toda ella era un relato de cosas inmorales!... Y seguramente estaba escrita por muchachos que no llegan ni a los veinte años. Y ya estaban podridos moralmente y también físicamente, pues el vicio hace un daño horrible al cuerpo. Es justo castigo de Dios!... Ya que son malos y manchan su alma, Dios permite que dañen también su salud corporal.

Tú, mi querido Pedrito, has de estar a mil leguas de tales amigos y de tales peligros, primero por el bien de tu alma, y después por tu misma salud. Ya sé yo que gracias a Dios, tu eres muy bueno y nunca has de caer en tales inmundicias; pero te prevengo para que estés alerta, y te encomiendes mucho a la Virgen y comulgues y tengas cuidado con las lecturas, y con los amigos, y con los peligros que pudiera haber.

Que comas mucho, que tomes mucho aire puro y que te acuerdes en tus oraciones de nosotros.

Saludos para tus buenos padres.

Tu affmo. En Cristo,

X X».

Tengo motivo, amadas Madres, para estar contento de esta cartita?... Les suplico pidan a Dios (si así conviene) me ponga pronto bien del todo, y pueda ingresar de nuevo al lado de mi hermanito Andrés que se quedó en Curia, apenado por nuestra separación y al mismo tiempo contento por ha-

berle cabido a él mejor suerte.

Mis padres las recuerdan con agrado y les envían un cariñoso saludo.

Rueguen con interés, por el ex - párvulo.

Pedro G. de Chaves de Rojas

Puerto Cruz - II -- 1935

EN LA MUERTE DE

Pepita Martínez

Alumna del Colegio de Mula

¡Qué impotentes somos!..... Esto pensé al presenciar el triste desenlace de nuestra querida confederada, Pepita Martínez García, que a los 19 años de edad y gozando de la general estimación a que se había hecho acreedora por su carácter ingénuo, despejado talento, bondad y trato distinguido; cuando consideraba llegado el momento de formar un hogar cristiano, pues dentro de breve tiempo pensaba contraer matrimonio, una rápida y traidora enfermedad ahogó sus ilusiones en vísperas de realizarse.

¡Qué impotentes somos!... repito. ¡Y cómo debe impresionarnos la muerte de esta amiga amada, que la veíamos disfrutando de perfecta salud y, en pocas horas, cuando menos lo esperábamos, el día 15 de Febrero, muere para pasar a la eternidad.

Sírvanos de ejemplo para fijarnos en lo efímero de la vida, y que la muerte no se nos anuncia, ni respeta la juventud, ni las cualidades y dotes; vivamos, por tanto, santamente para que cuando llegue



podamos decir con Sta. Teresa «..... y tan alta vida espero, que muero porque no muero».

El entierro y funerales fueron una grandiosa manifestación de duelo, tomaron parte todas las clases sociales.

Reciban sus atribulados padres y hermanas Juanita y Lolita alumnas federadas, nuestro mas sentido pésame y rogamus a nuestras compañeras ofrezcan, por el alma de la difunta, la misa y comunión a que vienen obligadas.

Una ex - alumna

Mula, — II — 1935.

NECROLÓGICAS

El 10 de Marzo murió en Palma, D.^a Catalina Pizá de Gordiola, hermana política de D.^a Francisca Gordiola Manera, Reciba la familia nuestro sentido pésame.

En Valencia falleció, el 1.º de Marzo, D. Francisco Tarazona Peris, tío de la Religiosa Rda. M. Vicenta Martínez y de la federada D.^a Anita Martínez.

También en Paiporta —Valencia— falleció, el 6 de Marzo, D.^a Vicenta Llácer, viuda de Ros, madre política de D.^a Anita Martínez de Ros federada, ex — alumna del Colegio de Alcacer.

Reciba la Religiosa, compañera federada y familia la condolencia. de nuestro sentimiento.

D.^a Ana Sureda viuda de Sancho de la Jordana, falleció en Arta, el 17 de Marzo.

Enviamos a su nieta federada, alumna del Colegio de Palma, Srta. Ana S. de

la Jordana Fortuny, el más sentido pésame que hacemos extensivo a su distinguida familia.

En Ciudadela dejó de existir D. José Forcado, suscriptor de «MATER PURÍSSIMA». Su acrisolada virtud no se desmintió en su penosa enfermedad; copiamos como se nos transmitió la noticia: «El día 11 fué Viaticado, recibiendo con gran fervor y claro entendimiento los últimos Sacramentos. Luego se despidió de sus hijos, les dió sus postreros consejos y los bendijo. El día de San José, a las 5 de la mañana recibió de nuevo a Nuestro Señor y a las 7 de tan señalado día, después de mucho sufrir, entregó su alma a Dios, creo como un santo».

A su esposa, D.^a Margarita Arguimbau e hijos enviamos, unido a nuestras oraciones, nuestro más sentido pésame.

PREMIOS Y DISTINCIONES

PALMA. — *Pensionado.* Obtuvieron medalla las Sritas.: M. Sagrera Escalas, A. Ribot Galmés, A. Magraner García.

Banda. — C. Jaume Manresa, M. Esteve Fuenmayor, A. Toribio Arbona.

Externado. — M. Rosselló Rossinyol, F. Pascual Parietti, M. Rosselló Gelabert.

ESTABLIMENTS.—Fueron premiadas por su buen comportamiento y aplicación las Sritas.: M.^a C. Capó, M.^a C. Capó, M.^a de la C. Cerdo,

M.^a A. Bibiloni, M.^a A. Oliver, M. Estades, C. Gil, F. Puigserver, M. Villalonga, C. Ripoll, M.^a Camps, B. Sureda.

MULA. — *Encomendado.* Merecieron premio las Srita C. Guillén, M. Llanas, E. Hernández, R. Rubio, G. Monreal, P. Pérez,

Externado. — M. Chacón, E. Ortega, G. Monreal, C. Perea.

Párvulos. — P. Bermúdez, M. Botía P. Hurtado, C. Sánchez, A. Rubio, C. Pérez, P. Blaya, E. Artero, T. Moreno, y J. M.^a Llamas.